

LOS MÁRTIRES SALESIANOS DE MADRID, SEVILLA, BILBAO Y LEÓN 1936-1937

LOS MÁRTIRES DE LA FAMILIA SALESIANA EN EL SIGLO XX

En la Iglesia siempre ha habido –y habrá– mártires o personas que padecen muerte por amor de Jesucristo y en defensa de la religión o de la fe cristiana. La constitución dogmática *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II lo recuerda, expresamente, en el número 42: “Ya desde los primeros tiempos, algunos cristianos se vieron llamados, y otros se verán llamados siempre a dar este máximo testimonio de amor delante de los perseguidores”.

Así fue, en efecto, durante el Imperio Romano o tiempo “clásico” de las persecuciones, finalizado a partir de la llamada “paz constantiniana” (desde el año 313 en adelante) y, luego, con el Islam, la Reforma Luterana y la Revolución Francesa. La tarea misionera desarrollada por la Iglesia Católica a lo largo de varios siglos en África, América y Asia, es, también, otro de los escenarios martiriales importantes que deben considerarse y, por supuesto, los regímenes dictatoriales y totalitarios de carácter ateo y materialista. En relación con este último escenario martirial podemos citar a mártires de nuestro tiempo como el franciscano Maximiliano Kolbe y la carmelita Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein), ambos víctimas de la persecución nazi durante la II Guerra Mundial. Y, en nuestro caso, a los mártires de la Familia Salesiana del siglo XX.

Porque, ciertamente, la Familia Salesiana es una familia de mártires, o, dicho con otras palabras, el martirio no es, en absoluto, ajeno al carisma salesiano. Es una conclusión a la que, en años pasados, llegaron don Egidio Viganó y don Juan E. Vecchi, 7º y 8º sucesor de don Bosco, respectivamente, ante el gran número de miembros de la Familia Salesiana sacrificados en el siglo XX y, muy especialmente, aquellos que ya han sido glorificados.

Para ambos rectores mayores, el lema de don Bosco y de toda su familia: “*Da mihi animas, caetera tolle*” (Dame almas y llévate lo demás), genera necesariamente en quienes lo viven en toda su profundidad, una dinámica espiritual que tiende al martirio. “Por lo general es un martirio incruento –escribirá don Viganó–; pero abierto, si Dios lo quiere, al don total de la vida en el derramamiento de la sangre”.¹ En parecidos términos se pronunciará después don Vecchi: “El servicio pastoral a la gente y la dedicación educativa a los jóvenes –recordará–, no se pueden realizar sin la disposición que constituye internamente el martirio, es decir, el ofrecimiento de la vida y la consiguiente asunción de la cruz”.²

Por supuesto que, antes que sus dos sucesores, don Bosco tampoco descartaba el martirio, sobre todo, en relación con la misión *ad gentes*. Por eso, cuando proyectaba con los salesianos el método que deberían seguir en las misiones en tierras lejanas, se atreverá a pedirles la máxima generosidad: “Si el Señor en su Providencia –decía– dispusiese que alguno de nosotros sufriera el martirio, ¿tendríamos que amedrentarnos por eso?”³. Y así ha sido.

¹ *Actas del Consejo General SDB, n. 308 (abril-junio 1983)*, pág. 8.

² *Ibid.*, n. 368 (julio-septiembre 1999), pág. 17.

³ *Memorias biográficas de San Juan Bosco, XII*, pág. 21.

Es cierto que, durante el siglo XIX, ni en Europa ni en esas misiones donde la Congregación Salesiana y el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora habían arraigado, se presentó la ocasión para que, tanto salesianos como salesianas, coronaran su seguimiento de Jesús en la misión salesiana con la prueba suprema del martirio. El siglo XX, por el contrario, sí ha marcado, particularmente a la Congregación Salesiana, con el sello trágico y glorioso a un tiempo, del martirio cristiano. Todo comenzó en China el año 1930, para continuar, seis años después, en España de una manera brutal y sangrienta, y terminar, por el momento, haciendo acto de presencia en Polonia.

En total, los dos mártires salesianos de China, los seis polacos y los 95 españoles, suman 103. Son cifras que manifiestan la magnitud del sacrificio que, en la Iglesia, se le ha pedido a la Familia Salesiana, especialmente a la Congregación. También demuestran que, durante el siglo XX, uno de los grupos de la Familia de don Bosco ha entrado a formar parte del amplio círculo de órdenes y congregaciones religiosas marcadas por el sello del amor supremo: el martirio cristiano.

De los 103 sacrificados de la Familia Salesiana en el siglo XX, en este trabajo nos referiremos a 63 de las 95 víctimas de la revolución que, tras el alzamiento militar del 18 de julio y subsiguiente comienzo de la guerra, se estableció en las zonas de España que quedaron bajo dominio republicano. Las 63 víctimas pertenecían a las entonces inspectorías salesianas españolas Céltica con sede en Madrid y Bética con sede en Sevilla. Son, junto a los 32 mártires -objeto de un magnífico trabajo anterior del historiador salesiano Ramón Alberdi-⁴, de la antigua Inspectoría Salesiana Tarraconense con sede en Barcelona, los mártires españoles de la Familia Salesiana, víctimas de la persecución religiosa durante la Guerra civil española (1936-1938).

LOS MÁRTIRES DE LA FAMILIA SALESIANA ESPAÑOLA 1936-1938

En 1936, la España salesiana estaba organizada territorialmente en tres inspectorías o provincias: Bética, Céltica y Tarraconense. Era una división territorial que venía desde 1902. Estas provincias salesianas, además de a un territorio, hacían referencia, sobre todo, a obras salesianas, comunidades y, por supuesto, a salesianos. Antes de hablar de ellos y, principalmente, de los que fueron martirizados, nos vamos a detener brevemente en cada una de las tres inspectorías a fin de indicar el número de profesos y novicios que tenían en 1936, entre otras razones, para que se vea, aunque sólo sea muy por encima, lo que, para la España salesiana, supuso, cuantitativa y cualitativamente, la persecución religiosa, particularmente durante la Guerra civil de 1936-1939. Más que en las cosas⁵ destruidas y perdidas para siempre, que fueron muchas también, nos fijaremos, principalmente, en las personas, y de ellas, en las que entregaron su vida como testigos de la fe cristiana: los mártires españoles de la Familia Salesiana, víctimas de la persecución religiosa durante la Guerra civil española (1936-1938).

Los mártires salesianos de la Inspectoría Bética de Sevilla

⁴ Cf. R. ALBERDI, Los mártires salesianos de Valencia y Barcelona (1936-1938), pp. 205.

⁵ Cf. A. MONTERO, Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939, pp. 627-653.

La Inspectoría Salesiana Bética de María Auxiliadora con sede en Sevilla, constaba en 1936 de 21 comunidades con un total de 242 salesianos profesos y 15 novicios. Habría que añadir unos 15 estudiantes de teología en Madrid-Carabanchel Alto. Los asesinados en odio a la fe fueron 18 (19 con don Vicente Reyes), lo que significa un 8% de los profesos. Se distribuyen entre las localidades andaluzas de Ronda, Sevilla, Morón de la Frontera y Málaga. Al grupo de salesianos se añaden tres cooperadores de Pozoblanco, totalizando los 21 (22 antes de retirar del proceso a don Vicente Reyes) miembros de la Familia Salesiana asesinados en Andalucía.

Comenzando por la malagueña ciudad de Ronda, donde había dos comunidades salesianas (Santa Teresa y Sagrado Corazón-“El Castillo”), la persecución duró del 18 de julio al 16 de septiembre de 1936, dos meses escasos. En los quince días siguientes al alzamiento militar contra la República, sufrieron muerte violenta 7 salesianos, 3 del colegio Sagrado Corazón y 4 de las escuelas de Santa Teresa. No prosperó la inclusión en la causa de martirio de don Aniano Ortega, debido a que su muerte se produjo tras una intervención quirúrgica que le practicaron mientras estaba refugiado con los aspirantes de la “Colonia Escolar Montillana” en una pensión de Ronda, pero, en cierto modo, a este coadjutor salesiano de la comunidad del colegio rondeño Sagrado Corazón, puede considerársele, también, víctima de la persecución religiosa que se desencadenó en dicha ciudad de la provincia de Málaga entre julio y septiembre de 1936.

En Sevilla, lo mismo que en otros barrios periféricos de la capital andaluza, el del colegio de la Santísima Trinidad sufrió, también, la acción de grupos revolucionarios durante la semana siguiente a la rebelión militar del 18 de julio. La consecuencia fue la muerte violenta de un salesiano el día 20 de julio.

Una semana duró la revolución en la localidad sevillana de Morón de la Frontera, donde el 21 de julio fueron inmolados dos salesianos. Un testigo, más que ocular, de su asesinato fue don Rafael Infante, salesiano. Pues, además de compañero de cárcel de los dos mártires y testigo de su muerte, don Rafael fue también herido gravemente y considerado muerto por los milicianos. “Encarcelado la mañana del domingo, 19 de julio de 1936 -se lee en la *Positio*-, herido en la tarde del martes 21, huyó a las once de la noche del mismo martes, del grupo de cadáveres de sus compañeros caídos, llegando a Sevilla la mañana del 25 tras vagar tres días por los campos”.

La persecución en Málaga se prolongó hasta el 8 de febrero de 1937; duró, por tanto, cerca de siete meses. En agosto de 1936 fueron asesinados 5 salesianos y en septiembre los otros 4, de un total de 9 sacrificados, entre ellos, don Vicente Reyes, que hasta muy avanzado el proceso de beatificación y canonización, ocuparía un lugar entre los salesianos inmolados en la capital malagueña. Un aviso de la Congregación para las Causas de los Santos, ordenó retirarle, sin que hayamos podido saber el motivo concreto, aunque sospechamos que sea por falta de algún requisito esencial de los muchos exigidos en el rigurosísimo proceso de beatificación y canonización seguido por la Iglesia, su nombre de la lista, dejando, por consiguiente, el número de salesianos mártires de Málaga en 8 y de la Bética en 21.⁶

⁶ Cf. J. BORREGO, Los hombres de nuestra historia centenaria, I, p. 134.

El pueblo cordobés de Pozoblanco, por último, después de un mes con mando militar rebelde, se vio obligado a capitular, el 15 de agosto, ante las fuerzas asaltantes leales a la República. El día siguiente a la capitulación caía asesinado el arcipreste de la ciudad, párroco de Santa Catalina y antiguo alumno salesiano de Utrera, don Antonio Rodríguez Blanco. Un mes después, asesinaban a una mujer, doña Teresa Cejudo, esposa y madre de familia, animadora indiscutible de las asociaciones católicas locales y, entre éstas, la de devotos de María Auxiliadora; y, el 2 de octubre, en la cárcel de Jaén, era ejecutado el tercero de los mártires de la Familia Salesiana pozoalbense: Bartolomé Blanco, un joven de apenas 22 años que había conocido a los salesianos en el oratorio festivo y que, luego, guiado por los círculos de estudio y animado en sus habilidades oratorianas por ellos, fue primero catequista y después líder cooperativista formado en Madrid en la escuela de don Ángel Herrera Oria.

Los mártires salesianos de la Inspectoría Céltica de Madrid

La Inspectoría Salesiana Céltica de Santiago el Mayor (actuales de Madrid, León y Bilbao), con sede en Madrid, contaba en 1936 con 230 salesianos y 17 novicios, que constituían 16 comunidades o casas distribuidas por el centro y norte de la España peninsular.

Si de los 42 mártires de este grupo, se excluyen los 5 que no eran profesos, los 37 restantes constituyen el 16%, o sea, la sexta parte de los profesos existentes en julio de 1936, porcentaje bastante más elevado que el 12% de la Inspectoría Tarraconense y doblado respecto al 8% de la Bética. La causa de este número mayor, tanto en términos absolutos como relativos, parece que deba atribuirse a una mayor dureza de la persecución en Madrid y al hecho de haber continuado los salesianos agrupados tras haberse visto obligados a dejar sus casas.

Todas las bajas, exceptuando tres salesianos de la comunidad del colegio María Auxiliadora de Salamanca, ocasionalmente en Madrid y, dos de la comunidad del colegio, llamado también de María Auxiliadora, de Santander, corresponden a las 4 comunidades salesianas existentes en Madrid y a la cercana de Mohernando (Guadalajara), distribuidas así: Carabanchel 10, Atocha 8, Paseo de Extremadura, 6, Estrecho 4 y Mohernando 9.

Por el lugar de martirio, los salesianos asesinados se distribuyen de esta manera: 27 en Madrid y 5 en Paracuellos del Jarama, 8 en Guadalajara, uno en Santander y otro en Bilbao. Todos fueron asesinados en 1936, excepto un sacerdote de la casa de Estrecho que fue sacrificado entre el 16 y 20 de marzo de 1937.

De 16 de los 42 mártires de la Inspectoría Céltica se desconoce dónde reposen sus restos, una circunstancia, junto con otras, puesta de manifiesto por la Congregación para las Causas de los Santos en la reunión celebrada el 24 de noviembre de 2004. En ésta se concluyó, no obstante, que la certeza moral del hecho del martirio de todos ellos no puede ponerse en duda aunque falten ésta y otras precisiones concretas. La explicación de todo está en la misma persecución religiosa en España, la cual se caracterizó por la falta de tribunales adecuados para dar la sentencia decisiva, la proliferación de grupos anárquicos, coincidentes en el odio a todo sentimiento religioso y revanchismo contra la Iglesia, que actuaban por libre; el interés de la clandestinidad buscado expresamente por los asesinos, para evitar testigos oculares que pudieran denunciarlos; las muertes de las

víctimas en lugares imprevisibles y su inhumación en sepulturas colectivas o en fosas anónimas y el interés de sus autores por no ser incriminados ante las autoridades en estos hechos criminales.

A cada uno de los 42 mártires de la Céltica, y a cada uno de los 21 de la Bética, nos referimos, como ya se ha indicado, en este trabajo.

Antes, recordaremos aquí a otras muchas víctimas, no mártires, de la Guerra civil en la Inspectoría Salesiana Céltica de Madrid. Nos referimos, por supuesto, a ese gran número de hermanos de la Inspectoría que pasó largos meses en las cárceles y checas o soportó duros trabajos en brigadas disciplinarias o de castigo, pero, sobre todo, a los que dieron su vida generosamente en campos de batalla o desmoronados por una enfermedad mortal, efecto de privaciones y sufrimientos durante el tiempo que duró la persecución y la guerra. Los sacerdotes don Ramón Goicoechea y don Luis Soto, el coadjutor don David Martín Martínez, el recién profesado Agustín Carabias y los novicios Miguel Septién y Manuel García están entre los que murieron víctimas de la enfermedad. Las víctimas de las armas son: el sacerdote don Rafael Ojanguren Urquiza, los clérigos don José Iglesias Rodríguez, don Amador Peña Martínez, don Andrés Aparicio del Cerro y don Antonio Velasco Castro, los estudiantes de Filosofía don Severo Vide, don Vicente Rodríguez del Río y don Gil Delgado Sánchez, y el novicio Sebastián Hernández Casado.⁷

Los mártires salesianos de la Inspectoría Tarraconense de Barcelona

En los 32 mártires salesianos de la Inspectoría Tarraconense (actuales de Barcelona y Valencia) no nos detendremos tampoco, debido a que, como ya se ha dicho, han sido objeto de otra publicación anterior. No obstante, igual que para las otras dos inspectorías que, en 1936, había en España, sí apuntaremos aquí el número de salesianos que había en la Tarraconense, así como las bajas.

En 1936, los salesianos profesos de la Inspectoría Tarraconense eran 249, y los novicios, 8. A ellos habría que añadir unos 10 estudiantes que se encontraban en Roma, Turín o en Madrid, y unos cuantos profesos más que residían, en algunas de las repúblicas hispanoamericanas, por motivos de servicio militar.

De los residentes en la Inspectoría, fueron asesinados 29, esto es, un 12% aproximadamente. Los otros tres siervos de Dios beatificados, de un total de 32 mártires, son dos Hijas de María Auxiliadora y un seglar empleado en la casa salesiana de San Vicenç dels Horts.

En Barcelona o alrededores, las víctimas fueron 21: 18 salesianos, las dos salesianas y el seglar mencionados. Y en Valencia, segundo escenario martirial de la Inspectoría Tarraconense, de los 37 salesianos que hacían ejercicios espirituales, perecieron asesinados 11: el inspector, un sacerdote ejercitante que había venido de Alcoy y 7 salesianos de la misma comunidad de Valencia. Los otros dos, que completan el total de 11, proceden de Alcoy, y fueron asesinados uno en Valencia y otro en la ciudad alicantina de Villena. Todos fueron martirizados entre julio y diciembre de 1936,

⁷ Cf. J. L. BASTARRICA-J. MALLO, 1936-1939 Tres años de historia salesiana, pp. 453-479.

excepto un sacerdote de la comunidad de Girona que fue asesinado en los fosos del castillo de Montjuïc, el 26 de abril de 1938.

Desde que el Papa Juan Pablo II los beatificara, el 11 de marzo de 2001, estos 29 salesianos de la Inspectoría Tarraconense asesinados, las dos salesianas y el seglar forman parte ya del martirologio cristiano. Esto quiere decir que la Iglesia católica, desde esa fecha, ha reconocido como testigos de la fe a estas 32 víctimas salesianas de “la gran persecución”⁸ que hubo en aquellas zonas de España donde no triunfó el alzamiento militar de julio de 1936. Ha certificado que son mártires porque, tras un largo proceso, ha quedado demostrado que “fueron sacrificados por motivos preferentemente religiosos, por odio a la fe cristiana o por cuestiones relacionadas con la misma: no estaban implicados en luchas partidistas, no tenían armas ni daban cobijo a desertores, jamás habían atentado contra la República legítimamente constituida ni eran reos de delitos comunes”.⁹ Es lo mismo que reconoce y certifica de nuevo ahora, cuando beatifica a los 63 mártires salesianos de las antiguas inspectorías salesianas Bética y Céltica, asesinados también en odio a la fe cristiana en 1936, la mayoría, y uno en 1937. A ellos nos referiremos a continuación.

Antes de presentar las semblanzas de cada uno de estos 63 mártires salesianos españoles de la Guerra civil, insistiendo, principalmente, en todo lo que se refiere a su pasión y muerte por odio a la fe, describiremos, brevemente también, el camino hacia el martirio que siguen todos ellos, solos o acompañados por su comunidad salesiana.

Tanto para las semblanzas como para el martirio de todos ellos, nos hemos valido, principalmente, de las *Positio (Informatio) super virtutibus* que, en su día, de los mártires de la Inspectoría Bética por un lado y de la Céltica por otro, se publicaron por separado y han sido la base documental para su causa de martirio. Hemos tenido en cuenta, también, la *Relatio et vota* que, tras haber sido unificados ambos procesos, publicó la Congregación para las Causas de los Santos después de la reunión que ésta celebró el 23 de noviembre de 2004.

Presentamos ya las semblanzas y el martirio de los mártires salesianos de la Inspectoría Céltica de Santiago el Mayor (actuales de Madrid, León y Bilbao) teniendo en cuenta la comunidad a la que pertenecían cuando se desencadenó la persecución que les llevó a entregar su vida como Cristo. Empezaremos por los mártires de la casa salesiana de Carabanchel Alto (Madrid).

LOS MÁRTIRES SALESIANOS DE LA INSPECTORÍA CÉLTICA DE MADRID (1936-1937)

No parece que, en los días previos al alzamiento y posterior comienzo de la Guerra civil, hubiera en Madrid una situación muy distinta de la que había en días y, tal vez, meses y años anteriores, pero a mediados de julio de 1936, en la capital de España, el ambiente estaba tan cargado que se hacía cada vez más irrespirable. Y no sólo porque, bien entrado el verano ya, el calor arreciaba. También porque aumentaban los desmanes y enfrentamientos entre ideologías, grupos y bandos políticos y, al mismo tiempo, no paraban de llegar noticias de que, por alguna parte, se planeaba alzarse para acabar con

⁸ Cf. V. CÁRCEL ORTÍ, *La gran persecución*, pág. 376

⁹ R. ALBERDI, o. c., pág. 64

la situación política y social que, desde el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, no dejaba de deteriorarse.

Efectivamente. El 12 y 13 de julio, respectivamente, asesinaron en Madrid a las dos primeras víctimas de cada uno de los bandos que, pocos días después, empezarían un enfrentamiento civil que duraría tres años: el teniente Castillo, de la Guardia de Asalto, y Calvo Sotelo, parlamentario y dirigente de Renovación Española. Y el 17 de julio por la tarde ya se supo lo que al día siguiente, 18 de julio de 1936, desde muy temprano, se confirmaría: que una rebelión militar acababa de tener lugar en Tetuán, Ceuta y Melilla; que el Ejército de Marruecos se había sublevado contra la República.

Ya el mismo día 18 de julio se entregaría armas al pueblo y habría saqueos e incendios de conventos, templos y colegios religiosos. Sin embargo, no fue hasta el 19 y 20 de julio, cuando empezó a verse claro que el levantamiento militar en África no había triunfado en toda España, quedando ésta, por consiguiente, dividida en dos zonas que se enfrentarían en una guerra larga de incalculables y nefastas consecuencias. En Madrid, la primera reacción tras el alzamiento consistiría en asaltar los domicilios particulares o entidades sospechosas que podían alojar personas desafectas a la República. La Iglesia encabeza la lista. Por eso, en las setenta y dos horas que median entre la noticia del alzamiento militar en África y la liquidación de la sublevación en Madrid con la caída del Cuartel de la Montaña y restantes destacamentos militares de la capital, serán devastados más de cincuenta edificios de carácter religioso y, lo que es peor, fueron asesinadas dos religiosas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús, la madre Dolores Pujalte Sánchez de ochenta y tres años de edad, y la madre Francisca Aldea Araujo de cincuenta y cuatro. El mismo día 20 de julio serán asesinados también dos sacerdotes del clero secular, Andrés Molinero, capellán de San Antonio de la Florida, fusilado en la Casa de Campo, y el padre Delgado Olivar, asesinado en Tetuán de las Victorias, así como otros trece miembros del clero regular¹⁰. Se ve, pues, claro, que desde el principio, la Guerra civil española de 1936, tiene el carácter de una verdadera persecución religiosa¹¹.

La Congregación Salesiana tenía entonces en Madrid cuatro casas u obras salesianas. Las cuatro se vieron violentamente asaltadas, allanadas y saqueadas en los primeros días de la revuelta. Posteriormente quedaron convertidas en prisión preventiva, centros de reclutamiento o en hospital de sangre. Los salesianos que había en cada uno de estas casas fueron expulsados y, como veremos también, un buen grupo de ellos asesinados.

Aunque no formaban parte de la primera obra salesiana que se había abierto en Madrid, empezaremos por los mártires de la casa de Carabanchel Alto, por ser el director de ésta, don Enrique Saiz, quien encabeza la lista de los mártires salesianos de la antigua Inspectoría Céltica de Madrid, asesinados en 1936. Don Enrique Saiz es, como ya se ha dicho, quien también encabeza la lista de los 63 mártires salesianos de las Inspectorías Bética y Céltica unidas, que ahora son beatificados.

¹⁰ Cf. C. VIDAL, *Checas de Madrid*, pág. 88.

¹¹ Cf. R. ALBERDI, o. c., pp. 64-67.

LOS MÁRTIRES DE LA CASA SALESIANA DE CARABANCHEL ALTO / MADRID

El seminario salesiano Sagrado Corazón de Carabanchel Alto, fundado en 1903, había experimentado a lo largo de sus 33 años de existencia, varios cambios de destino. Desde 1933 era a la vez estudiantado teológico de las tres inspectorías salesianas españolas de entonces y aspirantado de la Celta.

En 1936 los estudiantes de teología eran exactamente 50, y los aspirantes unos 100. Había además alrededor de 150 alumnos externos y unos 200 muchachos participaban en el oratorio festivo. La comunidad responsable de las diversas actividades estaba formada por 8 sacerdotes, 6 coadjutores y 4 clérigos en el trienio de prácticas pedagógicas.

La persecución

A partir del domingo 19 de julio, Carabanchel Alto, entonces un pueblo tranquilo cercano a Madrid, se empezó a llenar también de milicianos. En la casa salesiana, sin embargo, no ocurrió nada hasta el día siguiente, 20 de julio. Ya durante el recreo que siguió a la primera clase de ese lunes, se oyeron unos disparos cercanos que resultaron ser tiros aislados, sin objetivo. Todo lo contrario de los que sonaron al poco de comenzar la segunda clase. Éstos eran el anuncio del asalto de la casa que se produciría muy poco después. Según testimonio de una miliciana que tomó parte activa en él, “cuando (los asaltantes) llegamos a Carabanchel Bajo, oímos rumores de que el colegio salesiano del Alto se defendía con armas. Cargamos entonces en un coche con cuatro latas de gasolina; y, con muy poca munición, acudimos allí seis compañeros, todos jóvenes, y yo.”¹²

Ya dentro de la casa, los milicianos que la habían invadido, detuvieron a los salesianos y se dedicaron a registrarla y destruirla en una búsqueda afanosa –y, por supuesto, infructuosa- de armas.

Entre tanto, los aspirantes eran trasladados al colegio de Santa Bárbara, cercano del seminario salesiano. Entre ellos, disimuladamente, iban los clérigos trienales don Virgilio Edreira y don Lorenzo Martín.

Como los asaltantes se habían apoderado del colegio para convertirlo en cuartel de milicias, la comunidad salesiana se vio, desde ese momento, sometida a un continuo éxodo. Primero llevaron a los salesianos al Ayuntamiento de Carabanchel Alto, y a media tarde del día siguiente, 21 de julio, los trasladaron a la escuela del pueblo, donde permanecieron hasta la tarde del 23. Este mismo día se presentó en la improvisada cárcel una sección de la Guardia de Asalto que se llevó a los salesianos a la Dirección General de Seguridad. Allí pernoctaron y al día siguiente, 24 de julio, todos fueron puestos en libertad. Unas horas antes había salido el director, don Enrique Saiz, para buscar un refugio acogedor y seguro, encontrándolo en la pensión Loyola, de la calle Montera, número 10, de Madrid. Aquí se quedaron con él los salesianos don Juan Codera, don Carmelo Pérez, don Manuel Borrajo y don Pedro Artolozaga; los

¹² J. L. BASTARRICA-J. MALLO, o. c., pág. 54.

aspirantes, Tomás Gil de la Cal e Higinio de Mata, y el empleado de la casa de Atocha Juan de Mata, primo del anterior.

Pero los sobresaltos no se habían terminado todavía. Cuatro días después de haber sido liberados, un grupo de milicianos se presentó en la pensión Loyola y detuvo a todos los salesianos, menos a don Maximino Gallego, a quien una oportuna enfermedad le retuvo en la cama. Otra vez los condujeron a la Dirección General de Seguridad y, dos días después, puestos de nuevo en libertad. Es probable que volvieran a la pensión Loyola, aunque, para casi todos ellos, por poco tiempo. En esta pensión sólo siguió don Enrique Saiz algún tiempo más, hasta que también se pudo trasladar al inmueble de la calle Puebla, número 17, donde estaban las pensiones Nofuentes y Vascoleonesa. En la primera encontraron refugio don Carmelo Pérez, don Pedro Artolozaga, don Manuel Borrajo y los primos Mata. En la segunda fueron recibidos don Juan Codera, don Pablo Gracia y Tomás Gil, por no haber sitio en la primera. Y, según sabemos ya, el director, don Enrique Saiz, algún tiempo después.

Los mártires

La comunidad salesiana de Carabanchel Alto fue la que más bajas sufrió durante la persecución religiosa que se desató en Madrid entre julio y diciembre de 1936. De sus 18 miembros fueron asesinados dos sacerdotes: Enrique Saiz Aparicio, nacido en la localidad burgalesa de Ubierna y el salmantino, de Ledesma, Félix González Tejedor; dos coadjutores: Juan Codera Marqués, de Barbastro (Huesca) y Pablo Gracia Sánchez, de Lérida, y un clérigo: Virgilio Edreira Mosquera, de La Coruña. A ellos hay que añadir dos estudiantes de teología: Carmelo Juan Pérez Rodríguez, de Vimianzo (La Coruña) y Teódulo González Fernández, de la localidad burgalesa de Castrillo de Murcia, y tres aspirantes a la vida salesiana: Federico Cobo Sanz, nacido en Rábano (Valladolid) y dos más, mayores de edad, que colaboraban en el funcionamiento de la casa: Tomás Gil de la Cal e Higinio de Mata Díez, de las localidades burgalesas de Guzmán y Ubierna, respectivamente. De los nueve que se habían quedado en las pensiones de Madrid que ya conocemos (Loyola, Vascoleonesa y Nofuentes), siete sufrieron martirio. La misma suerte corrieron otros, acogidos a la hospitalidad de familiares y amigos. A todos siguió (o precedió) su director, don Enrique Saiz. Son los mártires salesianos de la casa de Carabanchel Alto, a los que ahora nos referimos. Todos ellos fueron asesinados en Madrid por odio a la fe, entre los meses de agosto y diciembre de 1936. Los restos mortales de don Enrique Saiz, los clérigos¹³ don Virgilio Edreira y don Teódulo González, y el aspirante Federico Cobo reposan en el panteón salesiano del cementerio de Carabanchel Alto. De los demás mártires de la casa salesiana de Carabanchel Alto, que hacen un total de 10, no se han encontrado los restos. Presentamos ya una breve semblanza y la muerte martirial de todos y cada uno de estos mártires salesianos de la comunidad de Carabanchel Alto.

LOS MÁRTIRES DE LA CASA SALESIANA DE ATOCHA / MADRID

Fundada en 1899, la casa salesiana de la madrileña Ronda de Atocha tenía en 1936 más de 500 alumnos, de ellos 72 internos. Contaba con seis talleres de formación profesional, enseñanza correspondiente a los estudios de Comercio y clases de enseñanza elemental.

¹³ Por “clérigo” se debe entender salesiano profeso temporal, candidato al sacerdocio, que realiza, en una casa salesiana, el trienio (actualmente bienio) de prácticas educativo-pastorales.

Domingos y festivos se reunían, además, en el oratorio, más de 1.000 jóvenes de los barrios de Lavapiés, Delicias y Atocha. Era esta una labor por la que los Salesianos habían logrado granjearse muchas simpatías en estos populares barrios. No obstante, las restrictivas leyes de la República respecto de la enseñanza religiosa, habían obligado a realizar algunas modificaciones en la organización del centro. Concretamente, desde el curso 1934, el colegio comenzó a depender de la Mutua Escolar Católica, una asociación formada por antiguos alumnos del colegio en su mayoría.

Además de estas actividades escolares y oratorianas, funcionaban, también, en la casa Salesiana de Atocha, un floreciente centro de antiguos alumnos, una agrupación scouts, y la archicofradía de María Auxiliadora. Se atendía una iglesia pública y la casa era, además, sede del inspector y de la organización inspectorial.

La persecución

Hasta el domingo 19 de julio, no había ocurrido nada especial en el colegio San Francisco de Sales de la Ronda de Atocha. Este día, por la mañana, la iglesia estuvo abierta y, por la tarde, hubo también oratorio. Fue al salir los oratorianos del cine para dirigirse a sus casas, cuando repentinamente la puerta principal del colegio se vio bloqueada por camiones de milicianos que, tras asaltarlos, procedieron a detener a todos los salesianos.

Un grupo de ellos, detenido en la calle, fue obligado a subir a un camión que los llevó hasta la Dirección General de Seguridad, en cuyos calabozos permanecieron algunos días. Luego, varios de ellos serían conducidos a la cárcel Modelo, y los demás, puestos en libertad.

Otro grupo de detenidos que se había quedado en la portería, la mayoría salesianos y algún antiguo alumno, fueron colocados mirando a la pared para ser fusilados. Sólo la irrupción en la portería de una sección de guardias de asalto lo impidió. El brigada de dicha sección lograría, además, que los milicianos se retiraran del colegio. Aunque por poco tiempo.

Efectivamente. Al día siguiente, 20 de julio, por la mañana, los milicianos pegaron primero fuego al colegio, e, inmediatamente, se produjo un nuevo asalto y la consiguiente –ahora sí– incautación del edificio. Los salesianos, detenidos nuevamente, permanecieron allí hasta que, aprovechando un descuido de quien vigilaba el teléfono, se logró avisar al comandante-médico de la Guardia Civil don Juan Ardizzone, que envió al colegio a un grupo de la Benemérita al mando de un brigada. Éstos liberaron a los salesianos de los milicianos que los habían detenido tras el asalto y se ofrecieron para llevarlos a donde desearan. Recalaron en la pensión Abella de la calle san Bernardo, 13.

Los mártires

De los 29 salesianos: 8 sacerdotes, 2 clérigos y 19 coadjutores, de la comunidad de la Ronda de Atocha, expulsados del colegio el 19 y 20 de julio, y refugiados desde ese momento en diversas pensiones y otros domicilios de Madrid, sufrieron el martirio dos clérigos trienales: Justo Juanes Santos, nacido en la localidad salmantina de San

Cristóbal de la Cuesta, y Victoriano Fernández Reinoso, de Campos (Orense); cinco coadjutores: Emilio Arce Díez, de San Martín de Ubierna (Burgos), Ramón Eirín Mayo, de La Coruña, Mateo Garolera Masferrer, de San Miquel de Olladels (Gerona), Anastasio Garzón González, de Madrigal de las Altas Torres (Ávila) y Francisco José Martín López de Arróyave, de Vitoria-Gasteiz (Álava). A ellos se añade un seglar empleado en la casa: Juan de Mata Díez, nacido en la localidad burgalesa de Ubierna.

En diversas fechas de los meses de noviembre y diciembre de 1936, fueron fusilados un clérigo trienal y tres coadjutores. Sus restos mortales descansan en el cementerio de la localidad madrileña de Paracuellos del Jarama. De los cuatro mártires de esta casa salesiana de Atocha que restan hasta hacer un total de ocho, un coadjutor fue ejecutado en la Casa de Campo de Madrid el 23 de julio. Sus restos se sabe que reposan en una fosa común del cementerio de la Almudena. Del otro clérigo asesinado también el 23 de julio y del coadjutor y el seglar empleado en la casa, asesinados en octubre, se desconoce el lugar de su martirio y, por consiguiente, tampoco hay noticia del sitio en el que fueron inhumados sus restos mortales.

LOS MÁRTIRES DE LA CASA SALESIANA DE ESTRECHO / MADRID

La casa salesiana de Estrecho se fundó en 1922, en la calle Francos Rodríguez de Madrid. En 1936, la comunidad contaba con 10 salesianos: 8 sacerdotes, un clérigo y un coadjutor. Era una comunidad que atendía a unos 700 alumnos de enseñanza elemental externos y, los días festivos a unos 300 oratorianos. Desde su iglesia, abierta al público, se promovió también en el barrio la devoción a María Auxiliadora, que dio como resultado la fundación de una floreciente asociación de devotos. El externado había favorecido, por otro lado, el desarrollo de la asociación de antiguos alumnos con diversas actividades.

La persecución

Para la comunidad salesiana de Estrecho, la persecución se puede decir que se inició unos meses antes de que comenzara la Guerra civil. En efecto, a raíz del bulo de los caramelos envenenados,¹⁴ el colegio de Estrecho sufrió también, en mayo de 1936, los ataques de las masas descontroladas. No obstante, a diferencia de otros colegios religiosos de la zona, como el de las Salesianas de Villaamil,¹⁵ el de Estrecho se libró en esta ocasión de ser asaltado e incendiado. La presencia de una pareja de la Guardia Civil primero, y de un escuadrón de caballería después, lo impidió.

No sucedió lo mismo el 19 de julio. Este día, a la hora de la comida, unos cincuenta milicianos lo invadieron y, desde el comedor donde se encontraban los salesianos, les mandaron salir al patio. Mientras algunos de los asaltantes cacheaban a los salesianos, otros se dedicaron a registrar la casa en busca de las imaginarias armas y riquezas. Hasta que aparecieron dos guardias de asalto que lograron convencer a los milicianos de que a los salesianos sólo había que detenerlos y llevarlos a la Comisaría del distrito. Allí estuvieron alrededor de cuatro horas y, luego, los trasladaron a la Dirección General de Seguridad donde, tras interrogarlos nuevamente, fueron puestos en libertad.

¹⁴ Cf. V. CÁRCEL ORTÍ, o. c., pág. 73.

¹⁵ Cf. J. F. GUIJARRO, Persecución religiosa y Guerra civil. La Iglesia en Madrid, 1936-1939, pág. 54.

Una vez en la calle, los salesianos fueron a albergarse en domicilios particulares, señalados de antemano. El colegio había quedado convertido en cuartel de milicias.

Los mártires

De los 10 salesianos que formaban parte de la comunidad de esta casa situada en el barrio obrero de Estrecho en Madrid, fueron sacrificados tres sacerdotes y un coadjutor. De los cuatro que, por separado, se habían refugiado en diversas pensiones y en algún domicilio particular de la capital de España, tres alcanzaron el martirio en distintas fechas de los meses de julio, agosto y septiembre de 1936: Sabino Hernández Laso, nacido en la localidad zamorana de Villamor de los Escuderos, Nicolás de la Torre Merino, de Béjar (Salamanca) y Salvador Fernández Pérez, de San Pedro de Creiente (Pontevedra); y uno en marzo de 1937: el orensano de Portela-Allariz, Pío Conde. De éste se sabe que fue asesinado cuando era trasladado a Valencia pero se desconoce el lugar donde su cuerpo fue inhumado. Don Salvador Fernández, por el contrario, sí pudo ser identificado –hay una fotografía de él fusilado-¹⁶ y sus restos reposan en el panteón salesiano del cementerio de Carabanchel. De don Nicolás de la Torre, aunque hay también una fotografía de él fusilado,¹⁷ se desconoce donde reposan sus restos. De don Sabino Hernández Laso, por último, también se desconoce el lugar donde fue asesinado. Veamos ahora algunos detalles más de la biografía y martirio de estos cuatro salesianos mártires del colegio San Juan Bautista de Estrecho.

LOS MÁRTIRES DE LA CASA SALESIANA DEL PASEO DE EXTREMADURA / MADRID

Una cuarta casa salesiana de Madrid con víctimas de la persecución religiosa desencadenada en la zona de la España republicana durante la Guerra civil de 1936-1939, fue la del Paseo de Extremadura. Situada en el número 11 de la calle del arquitecto Repullés y Vargas, fue abierta en 1926, con internado y bachillerato. En 1936 tenía 175 alumnos bachilleres y 225 de enseñanza elemental, 400 en total, un tercio de los cuales eran internos. Se atendía también un oratorio festivo abierto a la barriada.

La persecución

Igual que en el colegio de Estrecho, en el del Paseo de Extremadura, empezaron a sentirse los efectos de la revolución antes de producirse el alzamiento. Por eso, las autoridades habían destacado en él una pareja de la Guardia Civil. No obstante, fue a partir del 18 de julio cuando comenzaron a agolparse las vicisitudes más trágicas por las que había de pasar la comunidad salesiana.

Todo empezó el 19 de julio cuando, tras recibirse la noticia de que acababan de asaltar el colegio de Estrecho, los salesianos de la casa del Paseo de Extremadura decidieron marcharse de allí e ir en busca de un refugio más seguro en domicilios particulares. Tres días después, el 22 de julio, se produjo el asalto y el colegio fue incautado para Hospital de Sangre.

¹⁶ Cf. J. L. BASTARRICA-J. MALLO, o. c., pág. 144(1).

¹⁷ Ibid., pág. 144(1).

Los mártires

Para atender a las clases, al internado y al oratorio festivo, en el colegio San Miguel Arcángel del Paseo de Extremadura, había una comunidad de la que formaban parte 13 salesianos: 5 sacerdotes, 6 clérigos y 2 coadjutores, de los que fueron inmolados casi la mitad: dos sacerdotes: el asturiano de San Cristóbal de Priero, Germán Martín Martín, y el valenciano de Turís, José Villanova Tormo; un clérigo trienal: Francisco Edreira Mosquera, de La Coruña; dos estudiantes de teología: Esteban Cobo Sanz, de Rábano (Valladolid) y Manuel Martín Pérez, de Encinasola de Comendadores (Salamanca); y un coadjutor: Valentín Gil Arribas, de la localidad vallisoletana de Rábano, que se habían tenido que refugiar en pensiones madrileñas y en domicilios particulares de conocidos o de algún familiar, tras haberse marchado del colegio el 19 de julio.

Los seis fueron asesinados en distintas fechas de los meses de agosto, septiembre y noviembre de 1936, en lugares de las afueras de Madrid, como Aravaca y Puerta de Hierro, o en la localidad de Paracuellos del Jarama, cercana a la capital. En el cementerio de Aravaca, reposan los restos de don Germán Martín; en el de Paracuellos, los de don Valentín Gil y don Manuel Martín; y en el panteón salesiano del cementerio de Carabanchel, los restos mortales de don Esteban Cobo, don Francisco Edreira, y don José Villanova Tormo. Veamos ya con más detalle la vida y muerte martirial de estos salesianos del colegio San Miguel Arcángel del madrileño Paseo de Extremadura.

LOS MÁRTIRES DE LA CASA SALESIANA MARÍA AUXILIADORA DE SALAMANCA

1936

Al haberse posicionado Salamanca, desde el primer momento, a favor de los militares rebeldes, no hubo en ella revolución y, afortunadamente, tampoco persecución religiosa. No obstante, de la comunidad del colegio María Auxiliadora de la ciudad del Tormes (“Colegio Helmántico”¹⁸ durante la República), fundado en 1909, fueron asesinados por odio a la fe dos clérigos trienales: don Pedro Artolozaga y don Manuel Borrajo, de Erandio (Vizcaya) y San Xoan de Seoane-Allariz (Orense) respectivamente, y un coadjutor: don Dionisio Ullívarri, de Vitoria-Gasteiz (Álava), debido a que, en julio de 1936, se encontraban, circunstancialmente, en Madrid.

En julio de 1936, en efecto, el coadjutor, don Dionisio Ullívarri, estaba en el colegio del Paseo de Extremadura, siendo asesinado, junto con don Germán Martín, salesiano de la comunidad de la casa San Miguel Arcángel, el 31 de agosto, en el cementerio de Aravaca, donde reposan los restos de ambos.

Los clérigos trienales de la casa de Salamanca, que, en julio de 1936, se encontraban en el seminario de Carabanchel Alto, recorrieron, por otro lado, el mismo camino hacia el martirio que recorrió la comunidad de esta casa salesiana situada en las cercanías de Madrid. Los dos fueron asesinados junto con otros salesianos del seminario de Carabanchel Alto refugiados también, como sabemos, en la pensión Nofuentes de la capital de España, a primeros de octubre de 1936. Sus restos reposan en el panteón salesiano del cementerio de Carabanchel.

¹⁸ Cf. Estatutos Mutua Escolar Helmántica, en ASC FO 23.

Digamos algo más de la vida y muerte de cada uno de estos mártires salesianos del colegio María Auxiliadora de Salamanca.

LOS MÁRTIRES DE LA CASA SALESIANA DE MOHERNANDO 1936

En Guadalajara, la ciudad y capital de la provincia del mismo nombre, cercana a Madrid, la guarnición militar se adhirió, mayoritariamente, al alzamiento de julio de 1936, haciéndose, pues, el día 21, aunque no sin dificultades, con el control de la situación en la capital alcarreña. Pero este control duraría muy poco. En efecto, con la ayuda de soldados, guardias y milicianos procedentes de Madrid y de Alcalá de Henares, el día 22 de julio, las fuerzas leales a la República se harán de nuevo con el control de Guadalajara, haciendo, por consiguiente, que allí fracase también el alzamiento. Como era de esperar, el que la provincia alcarreña quedara al comenzar la Guerra civil en zona republicana, significará la implantación de la revolución con todas sus secuelas de persecución religiosa en la zona. Así lo veremos, seguidamente, en la casa salesiana situada a 15 kilómetros de Guadalajara y a 2 del pueblo de Mohernando, donde, entonces, la Inspectoría Céltica de Madrid tenía el noviciado y estudiantado filosófico.

En 1936, la casa salesiana de Mohernando tenía sólo 7 años y, a pesar de vivirse un ambiente de persecución desde 1931, aquel seminario contaba con un buen número de estudiantes de filosofía (3 en tercer curso, 8 en segundo y 11 en primero), 8 coadjutores en perfeccionamiento profesional distribuidos por igual en dos cursos, y 17 novicios. Todos estaban atendidos por 5 sacerdotes y 4 coadjutores de votos perpetuos. Durante el curso, acudían también desde el pueblo unos 40 niños que recibían enseñanza elemental como externos.

El 14 de julio habían comenzado los ejercicios espirituales que preparaban para la profesión a los que terminaban el noviciado, ejercicios que realizaban juntamente con la nueva promoción de 30 novicios recién llegados y algún que otro salesiano de la inspectoría que se unía a aquella tanda. Cuando se produjo el levantamiento militar el 18 de julio, estaban, por tanto, en la casa salesiana de Mohernando, algo más de 90 salesianos y novicios, juntamente con el inspector salesiano de Madrid, don Felipe Alcántara.

La persecución

Todos los que, al producirse el levantamiento militar, residían o estaban en la casa salesiana de Mohernando por otras circunstancias, empezaron a notar los efectos de la revolución, con mayor intensidad, a partir del día 23 de julio. Este día, se presentaron en la casa, sin esperarlos, unos veinte hombres armados. Gritando, instaban a que se les entregaran las armas que, según ellos, había allí escondidas. Como, por supuesto, no encontraron nada, se marcharon, prometiendo volver al día siguiente.

Aunque, afortunadamente, no fue así, no terminaron, sin embargo, los sobresaltos en la casa. En efecto, el día 24 se acercaron hasta ella el alcalde de Mohernando y tres hombres más diciendo que traían órdenes del Gobierno civil de Guadalajara para que los salesianos la evacuaran. Como el inspector, don Felipe Alcántara, no cedió, el

alcalde de Mohernando y sus acompañantes quedaron, entonces, en consultar al gobernador sobre los menores de edad que había en la casa.

La decisión, ahora desde las milicias de Mohernando, llegó al día siguiente, 25 de julio. Los menores de edad se podían quedar en la casa bajo la protección del Comité Obrero de Guadalajara; los demás debían abandonar inmediatamente la finca, para su incautación. De este modo, todos los mayores de la casa, excluidos los enfermos que se pudieron quedar con los menores, comenzaron un penoso éxodo por las orillas del río Henares, donde, entre juncos y matorrales, debieron permanecer escondidos durante algunos días.

Uno de esos días, don Felipe Alcántara y el señor Aizpuru pudieron acercarse hasta Humanes para poner un telegrama a Madrid, el cual, censurado, al parecer, por el Gobierno civil de Guadalajara, dio a conocer el lugar en el que los salesianos estaban escondidos. En efecto, éstos, poco después de que se hubiera puesto el telegrama, se verían sorprendidos repentinamente por un grupo de milicianos armados, con quienes se marcharon para entrevistarse con el gobernador civil de Guadalajara y exponerle la situación en la que se encontraba la comunidad. Tras la entrevista, el gobernador dio orden de que los salesianos expulsados regresaran a su casa de Mohernando, en los mismos coches que les habían llevado hasta Guadalajara.

El coche en el que iban don Andrés Jiménez y Eulogio Cordeiro, no regresó a Mohernando, al haberse apoderado de él, inmediatamente después de haber salido de Guadalajara, unos milicianos. Todos los demás coches sí regresaron. Los salesianos volvían a estar, pues, en casa, pero detenidos allí, por estar las cárceles de Guadalajara repletas. Y así estuvieron hasta que, en unos de los primeros días de agosto, fueron trasladados a Madrid.

El último día del mes de julio, en efecto, se presentaron en la casa unos milicianos al mando de un sargento antiguo alumno del colegio de Mataró, conocido de don Felipe Alcántara. Dicho sargento prometió volver al día siguiente para trasladar a todos los detenidos a la capital. Pero su promesa tardó dos días más en cumplirse. El retraso causó la separación de un grupo de jóvenes juntamente con el director. A este grupo de jóvenes, que debía haber entrado en quintas el día primero de agosto, y a don Miguel Lasaga, unos milicianos con órdenes del Gobierno civil de Guadalajara, se los llevaron, el día 2 de agosto. No regresaron más. En una camioneta serían conducidos a la cárcel de Guadalajara, donde morirían asesinados con otros presos, el 6 de diciembre de 1936.

Al día siguiente, 3 de agosto, sí se presentó, por fin, en casa el citado sargento, que había prometido volver. Venía acompañado de un grupo de milicianos y traían varios vehículos, turismos y camiones. En éstos llegarán a Madrid tras dos horas de viaje. Primero fueron conducidos a un centro de Izquierda Republicana, donde permanecieron dos horas, y, luego, fueron llevados a la Dirección General de Seguridad, donde, a eso de las tres de la madrugada, empezaron a evacuarlos en diferentes remesas, a la cárcel de Ventas.

Sin salesianos allí, la casa de Mohernando se acabó transformando en cuartel general de milicias del ejército republicano.

Los mártires

De las 56 personas, entre profesos y novicios, que había en la casa salesiana de Mohernando, cuando la revolución puso sus ojos en ella, fueron asesinados el director, don Miguel Lasaga, de la localidad alavesa de Murguía; uno de los cuatro coadjutores responsables de los diversos sectores de la obra, don José María Celaya, de Azcoitia (Guipúzcoa); dos alumnos de segundo curso de filosofía, Juan Larragueta, de Arrieta (Navarra) y Luis Martínez Alvarellós, de La Coruña; un alumno de primero, Florencio Rodríguez, de Quintanarroz (Burgos); tres novicios que acaban de profesar, Pascual de Castro, Heliodoro Ramos y Esteban Vázquez, de las localidades salmantinas de Topas y Monleras, los dos primeros, y de Carrizo de la Rivera (León) el tercero; y don Andrés Jiménez, sacerdote almeriense (de Rambla de Oria), que, por aquellos días, empezaba en Mohernando el noviciado para hacerse salesiano.

Don Andrés Galera fue asesinado en la carretera de Guadalajara (Nacional II-Km. 52); don José María Celaya, murió en la enfermería de la cárcel de Ventas de Madrid; y los siete mártires restantes fueron fusilados en la cárcel de Guadalajara.

Los restos mortales de don Miguel Lasaga y de los seis jóvenes sacrificados con él, reposan en el cementerio de Guadalajara y los del coadjutor, don José María Celaya, en el panteón salesiano del cementerio de Carabanchel. Los de don Andrés Galera, sin embargo, no ha sido posible saber dónde fueron inhumados. Lo más probable es que lo enterraran en una fosa común del cementerio de Guadalajara.

Veamos ya, algo más de la vida salesiana y muerte en odio a la fe de cada uno de estos mártires salesianos de la casa de Mohernando (Guadalajara).

LOS MÁRTIRES DE LA CASA SALESIANA MARÍA AUXILIADORA DE SANTANDER 1936-1937

En Santander también fracasó el alzamiento militar del 18 de julio de 1936, por la indecisión, al parecer, del coronel que comandaba la plaza. Sometida, pues, la ciudad al dominio frentepopulista, y de un modo especial las instituciones religiosas, hubo persecución y numerosos asesinatos por odio a la fe.

Dos casas tenía la Congregación Salesiana en la capital cántabra cuando comenzó la Guerra civil. La más antigua era el oratorio Don Bosco, fundado en 1892, situado en la calle Viñas. En éste funcionaban unas escuelas elementales con alumnos externos, y la asociación de antiguos alumnos. Lo atendían 6 salesianos: tres sacerdotes y tres coadjutores, entre los que no se produjo ninguna baja mientras la persecución.

El colegio María Auxiliadora, por otro lado, abierto en 1907, estaba situado en el paseo del Alta. Desde 1935, se había visto obligado por las leyes republicanas a llamarse Mutua Escolar Cantábrica. En 1936, este colegio tenía 250 alumnos, 40 de los cuales eran internos. Sólo 70 cursaban comercio, el resto recibía enseñanza elemental. Funcionaba también el oratorio festivo y el centro de antiguos alumnos. Toda esta actividad la atendían 10 salesianos: 5 sacerdotes, 4 coadjutores y un clérigo trienal. Desde el 9 de julio, además, había también en el colegio una colonia de 113 niños, acompañados de 4 salesianos estudiantes de teología, procedente de Madrid.

La persecución

Como del colegio María Auxiliadora sí hubo bajas, aquí nos referiremos exclusivamente a éste. Para la comunidad salesiana que lo atendía, la persecución se puede decir que había comenzado también unos meses antes de producirse el alzamiento, aunque sin consecuencias mayores por el momento. En efecto, el anuncio de una inspección en mayo de 1936, obligó a vestirse de paisano a los que hasta entonces llevaban el hábito talar. Pero como el informe de la inspección fue totalmente positivo, se pudo llegar a fin de curso sin mayores dificultades.

A partir del 18 de julio, sí se produjeron ya varios registros del colegio por parte de algunos milicianos, de los que, como cabía esperar, se percataron los niños de la colonia. Las pesquisas, no tuvieron, sin embargo, consecuencias negativas, ni para la colonia, ni para los salesianos de la comunidad que seguían haciendo vida normal.

Pero, cuando pasado el primer mes desde el comienzo de la Guerra civil, comenzaron a sentirse escaseces y penurias y, por otra parte, llegaban noticias alarmantes sobre la suerte de otros religiosos, entonces, de acuerdo con el director, los salesianos fueron dejando el colegio en busca de lugares más seguros, en pensiones o familias conocidas.

Los niños de la colonia y sus acompañantes, no obstante, seguirían allí, hasta que fueron evacuados el 10 de octubre. Desde este día, el edificio quedaría en poder de las milicias.

Los mártires

De los 10 salesianos que pertenecían a la comunidad del colegio María Auxiliadora de Santander, fueron asesinados por odio a la fe dos: el sacerdote Andrés Gómez Sáez, nacido en Bicorp (Valencia) y el coadjutor Antonio Cid Rodríguez, de San Xoán de Seoane-Allariz (Orense). Al dispersarse la comunidad, el primero se ocultó en una pensión cercana a la catedral santanderina, y el segundo, se marchó a Bilbao, a casa de unos parientes que vivían en Basurto. En Santander, pues, fue sacrificado don Andrés, posiblemente, arrojado por el acantilado del faro, la noche del día primero de enero de 1937. Don Antonio, por su parte, fue, probablemente, ejecutado en el bilbaíno Cuartel de Garellano, el 26 de septiembre de 1936. De ambos, se desconoce el lugar a donde fueron a parar sus cadáveres. Veamos con más detalle, algo de la vida y muerte martirial de estos dos mártires salesianos de la casa María Auxiliadora de Santander.

LOS MÁRTIRES SALESIANOS DE RONDA 1936

En la ciudad de Ronda, provincia de Málaga, había en 1936 dos presencias salesianas. La primera en el tiempo se había fundado en 1902, con el nombre de Escuelas Populares de Santa Teresa, que en el año del comienzo de la Guerra civil tenían cerca de 250 alumnos externos de enseñanza elemental y el domingo ofrecían las actividades del oratorio festivo.

De la segunda presencia en Ronda, cercana a la primera, se habían hecho cargo los Salesianos en 1919. Era un internado dedicado al Sagrado Corazón, que ofrecía enseñanza elemental y media a cerca de 200 alumnos, mitad internos y mitad externos.

Dos tercios del total hacían el bachillerato. El nombre popular de este colegio era “El Castillo”.

La persecución

Las primeras noticias de la sublevación militar del 18 de julio de 1936 llegaron a Ronda hacia las once de la mañana del mismo día. Un intento, al anochecer, de asalto al Ayuntamiento, de mayoría frentepopulista desde las elecciones de febrero de 1936, por parte de algunos militares de la ciudad, afines a los sublevados, se frustró. Por el contrario, los militantes rondeños de izquierda, muy bien apoyados por los de los pueblos vecinos, sí que se lanzaron inmediatamente a la calle y tomaron el mando político y militar de la ciudad a través de un “Comité de Defensa” formado íntegramente por miembros del Frente Popular.

Para los salesianos de Ronda, la persecución comenzó, precisamente, tres días después del alzamiento militar. Los efectos de la revolución se sentirían primero en el colegio Sagrado Corazón, e inmediatamente después, en las escuelas de Santa Teresa.

En efecto, el martes 21 y el jueves 23, “El Castillo” fue tomado al asalto, registrado y saqueado. Y el 24, los salesianos fueron expulsados de allí. Los aspirantes de la denominada por el “Comité de Defensa” “Colonia Escolar Montillana” y el coadjutor don Aniano Ortega (murió poco después como consecuencia de una apendicitis), que pudo pasar desapercibido como uno más de los aspirantes, fueron distribuidos en los hoteles Royal, Polo y Castillo. Con ellos iba también don Florencio Sánchez y tres salesianos más que acompañaban al mencionado grupo de aspirantes que pasaba las vacaciones en Ronda: don David Morán, don Serafín García y don Juan Manuel Cereceda. Los demás salesianos expulsados del colegio Sagrado Corazón, fueron llevados en coches del “Comité de Defensa” a los siguientes lugares: don Miguel Molina y don Marcos Tognetti (éste era suizo y, por eso, pudo marcharse enseguida a Italia desde Málaga), a la pensión Progreso, don José Manuel Pérez y don Manuel María Martín, a la fonda La Farruggia y, por último, don Antonio Torrero junto con don Enrique Canut, aceptaron la hospitalidad del cooperador salesiano don José Furest, que, luego, sería asesinado también.

La relativa tranquilidad de la que, por otra parte, gozaron los salesianos de las escuelas de Santa Teresa, aún la zozobra general, se acabó el 25 de julio. A primera hora de la mañana del día de Santiago Apóstol, la casa fue, lo mismo que “El Castillo” unos días antes, registrada y saqueada también e, inmediatamente, estando los salesianos encerrados en una habitación de la casa, las imágenes sagradas y todos los objetos de culto, fueron sacados al jardín y quemados frente a la puerta de la capilla. El final de todo fue el desalojo de las escuelas por parte de los salesianos. Don Pablo Caballero, don Juan Canavesio (era italiano y se pudo marchar también poco después a su país desde Málaga), don Honorio Hernández (acababa de llegar a Ronda, tras finalizar los estudios de teología en Carabanchel Alto) y don Juan Luis Hernández, se refugiaron en la pensión Progreso. Por su parte, don Tomás Gutiérrez Cuadrado, que sólo estaba temporalmente en la comunidad de las escuelas de Santa Teresa, fue llevado al hospital por encontrarse enfermo. El director, don Antonio Mohedano, por último, recorrió distintos domicilios (uno, “Villa Liborio”, entre la actual plaza de Mondragón y “El Campillo” o plaza de María Auxiliadora), y estuvo también en la pensión Progreso hasta que recaló en la casa de la calle Marqués de Salvatierra, propiedad de doña Ana

Cabrera, hermana del sacerdote y beneficiado don Juan Cabrera. El coadjutor don Rodrigo Rubio Tejero, en fin, tras varias peripecias, acabó refugiándose en el hotel Polo. Desde estos refugios, solos o en compañía de otros hermanos, tanto de la propia comunidad como de la otra, los salesianos serían sacados a la fuerza para recibir muerte martirial en diversas fechas del mes de julio y agosto de 1936, como en seguida veremos.

Los mártires

Afortunadamente, ni entre los aspirantes de Montilla, que habían llegado al colegio Sagrado Corazón en la tarde del día 13 de julio, para pasar unos días de descanso, ni entre los salesianos que les acompañaban, hubo que lamentar víctimas. Sin duda que en ello influyó el carácter de colonia escolar obrera protegida que el grupo de aspirantes tuvo desde el día 19 de julio, por concesión expresa del “Comité de Defensa”, a petición de los salesianos don José Manuel Pérez y don Manuel María Martín que, igual que el alcalde de Ronda, eran también salmantinos.

De los 16 salesianos fijos en Ronda (5 en las escuelas y 11 en el colegio) fueron asesinados 6. De la comunidad de las escuelas de Santa Teresa, 3: los sacerdotes Pablo Caballero y Antonio Mohedano, de Málaga y Córdoba, respectivamente, y un clérigo trienal: Juan Luis Hernández, de Cerralbo (Salamanca); y de la comunidad de “El Castillo” otros 3, todos sacerdotes: Antonio Torrero, Enrique Canut y Miguel Molina, de Villafranca de Córdoba, Llessui (Lérida) y Montilla (Córdoba), respectivamente. A los 3 de la comunidad de las escuelas populares, hay que añadir un cuarto: el subdiácono Honorio Hernández, de la localidad salmantina de El Manzano, que, como ya se ha indicado, acababa de terminar en Madrid-Carabanchel sus estudios de teología y había sido destinado a Ronda-Santa Teresa para colaborar en las actividades de verano.

En total fueron, pues, 7 los salesianos mártires en Ronda. En el mes de julio cayeron asesinados 6: el día 24, don Antonio Torrero y don Enrique Canut, de la comunidad salesiana de “El Castillo”; y el día 28, don Miguel Molina, de la comunidad del colegio Sagrado Corazón también, junto con don Pablo Caballero, don Juan Luis Hernández y don Honorio Hernández, de la comunidad de las escuelas de Santa Teresa. El séptimo mártir salesiano de Ronda, don Antonio Mohedano, director, en 1936, de las escuelas populares de Santa Teresa, murió el 2 de agosto.

Sus cuerpos sin vida fueron sepultados en una fosa común junto al cementerio rondeño de San Lorenzo, incluida posteriormente en el mismo. En marzo de 1968, con vistas a un eventual traslado al panteón salesiano en dicho cementerio, el salesiano portugués don Pedro Morais, en presencia de cuatro salesianos más, detectó por radiestesia dónde se encontraban los siete cadáveres, la profundidad y la postura, determinando que sólo parecía viable la exhumación de los restos mortales de don Antonio Mohedano.

Veamos a continuación algunos datos biográficos más de estas siete víctimas salesianas de la revolución en Ronda al comienzo de la Guerra civil de 1936, así como las circunstancias de su persecución y de sus muertes violentas.¹⁹

¹⁹ Cf. Dos meses entre los rojos, en *Boletín Salesiano* enero, febrero, marzo, mayo, julio, octubre 1937, pp. 20-23, 43-46, 67-70, 115-117, 163-165, 236-237.

UN SALESIANO MÁRTIR EN SEVILLA

1936

Aunque Sevilla fue una de las primeras ciudades en las que triunfó el alzamiento militar del 18 de julio, sin embargo, el control efectivo de la capital hispalense por parte de los sublevados no se efectuó de inmediato. Durante algunos días después del 18 de julio, al menos, todavía permanecieron instalados en diversos barrios de la ciudad andaluza grupos de milicianos revolucionarios descontrolados que campearon a sus anchas.

Uno de esos barrios fue, precisamente, el de las escuelas Salesianas de la Santísima Trinidad, atendidas, entonces, por una comunidad formada por 29 salesianos: 13 sacerdotes, 3 clérigos y 13 coadjutores. La casa era, además, sede del inspector de la Bética.

El colegio tenía unos setenta internos artesanos repartidos en siete especialidades y un centenar de internos estudiantes, que en las clases se reunían con unos 300 externos. En el oratorio festivo participaban, además, unos 450 chicos del barrio.

Durante los días de control del barrio de la Trinidad por parte de los revolucionarios, las escuelas salesianas se vieron, por supuesto, atacadas, aunque sin mayores consecuencias para salesianos y alumnos. El día 19 de julio por la tarde, concretamente, un grupo de milicianos se situó en las inmediaciones del edificio con intenciones de asaltarlo. No lo pudieron hacer, aunque prendieron fuego al taller de carpintería por unas ventanas externas, que los salesianos lograron extinguir. Seguidamente se inició, además, un tiroteo, que duró algunas horas. Entonces, varios profesores y alumnos se refugiaron en dependencias del mismo colegio o salieron y se hospedaron en casas de amigos y conocidos. Algunos, fueron a llevar a los alumnos a sus respectivos domicilios. Los que salieron fueron todos cacheados, pero no pasó nada. Sería al día siguiente, 20 de julio, cuando, estando fuera del colegio, los revolucionarios que merodeaban por el barrio, acabarían con la vida de uno de los salesianos de la comunidad, don Antonio Fernández Camacho, de Lucena (Córdoba), la única víctima salesiana de la persecución religiosa en Sevilla. A la narración de algunos detalles de su muerte violenta, dedicamos las líneas que siguen de este trabajo.

LOS MÁRTIRES SALESIANOS DE MORÓN DE LA FRONTERA

1936

La casa Salesiana de Morón de la Frontera (localidad de la provincia de Sevilla situada a 60 kilómetros de la capital hispalense) fue fundada en 1929. En 1936 era una escuela primaria para unos 250 alumnos externos, junto con la iglesia y el oratorio festivo. A todo atendía una pequeña comunidad de cinco salesianos: 3 sacerdotes, un clérigo y un coadjutor. A éstos se añadió ese verano de 1936, el estudiante de teología Rafael Infante, que había acabado segundo curso en Carabanchel Alto (Madrid) y que sería testigo partícipe de la cárcel y martirio de los salesianos en Morón de la Frontera.

La persecución

La localidad sevillana de Morón de la Frontera no fue ocupada por las tropas de Franco hasta el 25 de julio de 1936. Quiere decir, pues, que, hasta ese día, esta localidad estuvo

a merced de la revolución y sus consecuencias, especialmente para los hombres y mujeres de Iglesia que allí vivían, entre otros los salesianos. En efecto, según la narración que nos ha dejado don Rafael Infante, a las 10 de la mañana del día 19 de julio, se presentó en el colegio un grupo de asaltantes que lo registró en busca de armas. Por supuesto que no encontraron nada, pero, de todos modos, se llevaron detenidos a tres de los cinco salesianos de la comunidad: don José Limón, don José Blanco y el mismo don Rafael Infante, quienes, con las manos atadas, recorrieron las calles más concurridas del pueblo hasta llegar al Ayuntamiento. Allí se hicieron cargo de ellos unos guardias municipales que los encarcelaron.

Al día siguiente, 20 de julio, temiendo que la cárcel fuera incendiada e invadida, la Guardia Civil consiguió que los tres salesianos, y unos cuantos encarcelados más, pasaran a su cercano cuartel. Pero de allí, asediados por los revolucionarios, se vieron obligados a salir el 21 por la tarde, día del martirio. Efectivamente, cuando, al abandonar el cuartel de la Guardia Civil, los tres salesianos y algunos más avanzaban con las manos en alto hacía la plaza del Ayuntamiento, más de 20 hombres que había apostados en los balcones de la calle por donde pasaban, les dispararon hasta dejarlos en el suelo, unos muertos y otros malheridos. A continuación, las víctimas -11 en total- fueron amontonadas en la caja de un camión, donde, tras dispararles nuevamente a fin de rematarlas, recorrieron todo el paseo hasta el cementerio donde los volvieron a bajar del camión.

Los mártires

De los seis salesianos que había en la casa Salesiana de Morón de la Frontera, en julio de 1936, perdieron la vida, por causa de su fe, dos de ellos: el director, don José Limón, de la localidad sevillana de Villanueva del Ariscal, y el coadjutor de Souto-San Bartolomé de Ganade (Orense), don José Blanco. Los otros cuatro salesianos eran: don Luis Hernández Ledesma, don Mariano Subirón López, don José María Márquez y don Rafael Infante. Los cuatro pudieron salvar su vida. Don Luis Hernández y don José María Márquez, estaban ausentes de Morón en esos días y don Mariano Subirón, logró huir cuando, el día 19 de julio, los milicianos asaltaron el colegio. Don Rafael Infante, por su parte, fue, como sabemos, compañero de cárcel de don José Limón y don José Blanco e, igual que ellos dos, él también fue fusilado en la plaza del Ayuntamiento. Junto con don José Limón y otros fusilados en dicha plaza, lo trasladaron en el mismo camión hasta el cementerio. Pero, aunque, al llegar allí, los milicianos lo consideraron muerto, seguía, aún sus graves heridas, con vida todavía. Por eso, según el mismo don Rafael narró después,²⁰ pudo huir del cementerio a las once de la noche del día 21 de julio, “llegando a Sevilla –se lee en la *Positio*- la mañana del 25 tras vagar tres días por los campos”.

Los cuerpos de los dos salesianos asesinados: don José Limón y don José Blanco, fueron enterrados, un día después de su muerte, en una fosa común del cementerio de Morón de la Frontera. Allí permanecieron hasta que los trasladaron al atrio de la iglesia de María Auxiliadora del colegio salesiano de la mencionada localidad sevillana, donde reposan actualmente. De ambos, ofrecemos, seguidamente, sus datos biográficos principales junto con algunas circunstancias más personales de su muerte martirial.

²⁰ Cf. La Semana roja de Morón: 18-25 Julio 1936, en *Boletín Salesiano* junio 1938, pp. 140-141)

LOS MÁRTIRES SALESIANOS DE MÁLAGA 1936

Tras unos pocos meses de actividad en situación precaria en 1883, los Salesianos se marcharon de Málaga, pero volvieron a la ciudad en 1894, con un oratorio festivo. Tres años después (1897) regresaron a las Escuelas de San Bartolomé, donde, precisamente, ya habían estado en 1883. En 1936, se atendía en San Bartolomé a un buen número de jóvenes: casi 400 externos, 115 internos estudiantes y 40 internos de formación profesional. Había, además, iglesia pública y se educaba a unos 500 jóvenes en el oratorio festivo.

La persecución

Fracasado en Málaga el alzamiento militar, los incendios y saqueos empezaron ya en la madrugada del 18 al 19 de julio. Para los salesianos del colegio de San Bartolomé, sin embargo, el camino hacia el martirio no comenzará hasta el día 21. En efecto, a las seis de la mañana, se oyó una fuerte detonación de fusil y una voz que decía: “Los curas están tirando desde las ventanas”. Era la señal convenida de antemano para iniciar el asalto al colegio, que se produjo inmediatamente.

A continuación, condujeron a los salesianos al vecino cuartel de Capuchinos y los encerraron en el calabozo. Allí permanecieron hasta que, el día siguiente, a eso de las doce de la mañana, fueron trasladados al Gobierno Civil.

Como no podía ser de otro modo, el gobernador los encontró inocentes, pero consideró que, por motivos de seguridad, debían pasar la noche en la prisión provincial. Por desgracia, los salesianos no estarían, sin embargo, solamente esa noche en la cárcel. La orden de ponerlos en libertad, llegaría, en efecto, a la hora de la comida del día 23, pudiendo salir algunos, pero, poco después, llegaría la contraorden de no dejarlos salir, debido a que, al parecer, conforme salían los presos o eran ejecutados o nuevamente detenidos. Los que no pudieron salir, pues, antes de la contraorden, seguirían detenidos en la prisión provincial hasta que, del 22 de agosto en adelante, se lleven a cabo sucesivas sacas de esta prisión donde los salesianos de la comunidad de Málaga se encontraban desde el día 23 de julio.

Los mártires

La comunidad salesiana de Málaga contaba en 1936 con 14 salesianos: 7 sacerdotes, 5 coadjutores y 2 clérigos trienales. En verano se había añadido un estudiante de teología, don Antonio Ureña. De los 15 salesianos fueron asesinados nueve: 6 sacerdotes: Francisco Míguez, Manuel Fernández Ferro, Félix Paco Escartín, Manuel Gómez Contioso, Antonio Pancorbo y Vicente Reyes, de Corvillón (Orense), Paradiñas (Orense) Adahuesca (Huesca), Moguer (Huelva), Málaga y Sevilla, respectivamente; y 3 coadjutores: Tomás Alonso Sanjuán, de la localidad salmantina de Vitigudino, Esteban García, de El Manzano (Salamanca) y Rafael Rodríguez Mesa, de la malagueña ciudad de Ronda. Los demás salesianos lograron salvarse. Los clérigos Juan Martín y José Canal Míguez salvaron sus vidas al estar haciendo ejercicios espirituales en San José del Valle (Cádiz); el coadjutor Manuel Prieto, al ser ciego, no llegó a entrar siquiera al calabozo del cuartel de Capuchinos; Serafín Rodríguez pudo salir de la prisión el día 23 de julio antes de que llegara la contraorden, refugiándose en la fonda

de una familia amiga hasta el día de su liberación en febrero de 1937, y Adolfo Inarejos logró escapar de la prisión, antes del fatídico 24 de septiembre, haciéndose pasar por un preso común. El estudiante de teología Antonio Ureña, por su parte, con la ayuda de un joven miliciano, que no conocía, de nombre Rafael Chamizo, pudo salir de la prisión el día 8 de septiembre.

Cuando el 21 de julio fue asaltado el colegio, permanecían todavía en San Bartolomé, unos 40 alumnos huérfanos que no habían sido retirados por sus familiares, 2 maestros seculares y 4 empleados que vivían prácticamente con la comunidad. Junto con los salesianos, aunque por separado, a estos alumnos, maestros y empleados los condujeron, igualmente, al cercano cuartel de Capuchinos, pero quedaron libres pronto: los alumnos, el mismo día 21, uno de los maestros y tres empleados, el día 23.

Los 9 salesianos de la comunidad de San Bartolomé asesinados por odio a la fe en diversas fechas de los meses de agosto y septiembre de 1936, fueron primero enterrados en el cementerio de San Rafael y, posteriormente, sus restos, trasladados a la catedral de Málaga, donde reposan hoy. En todos ellos, a excepción de don Vicente Reyes que, como ya se ha dicho, fue excluido de la postulación por petición expresa de la Congregación para las Causas de los Santos, nos fijamos a continuación. Son los ocho salesianos martirizados en Málaga en 1936.

LOS COOPERADORES SALESIANOS MÁRTIRES DE POZOBLANCO 1936

Cuando, en julio de 1936, comenzó la Guerra civil, los Salesianos llevaban apenas seis años en Pozoblanco, un pueblo de la sierra cordobesa al que habían llegado en 1930 para poner en marcha unas escuelas populares y el oratorio festivo.

En esta población cordobesa, a 84 kilómetros al norte de la capital, se dio el caso –único en la zona- de que la Guardia civil local se unió al levantamiento militar del 18 de julio, tomó el Ayuntamiento y consiguió que, al día siguiente del alzamiento, todos los que en el pueblo se relacionaban con el Frente Popular huyeran de allí. Pero esta situación solamente duró hasta la madrugada del 15 de agosto de 1936. Este día, una columna de militares republicanos, junto con milicias populares pozoalbenses formadas fuera de la localidad tras la huída del 19 de julio, entraron de nuevo en Pozoblanco y lo devolvieron a la República.

Antes, tras algunos tira y afloja, la Guardia civil, queriendo evitar la carnicería que se hubiera producido de empeñarse en la defensa de la localidad, sensatamente se avino a firmar un pacto con los que se aproximaban a recuperar Pozoblanco. El pacto incluía una cláusula que las milicias populares pozoalbenses, exclusivamente, no cumplieron de ninguna manera: el respeto de todas las vidas.

Los mártires

En julio de 1936, la comunidad salesiana de Pozoblanco estaba formada por tres salesianos: don Antonio do Muiño, don Baldomero Pagán y don Antonio Sánchez. A éstos, se habían unido, para el verano, dos salesianos más: don Claudio Sánchez y don Luis Parrondo. Ninguno de ellos fue asesinado pero todos fueron, sin duda, perseguidos por su condición de religiosos. En efecto, luego de la rendición de Pozoblanco el día 15

de agosto de 1936, los salesianos consideraron más seguro dejar el colegio y refugiarse en casas particulares o en hoteles. Pronto se vieron juntos de nuevo, aunque, ahora, en la cárcel del pueblo donde, un mes después, jueces venidos desde Jaén, empezaron a juzgarlos. Fue, sin embargo, tanta la presión que las milicias populares pozoalbenses ejercieron sobre esos jueces que éstos decidieron no volver más y consiguieron que trasladaran a todos presos a la cárcel de Jaén, donde, finalmente, y con más tranquilidad, sí que pudieron juzgarlos y condenarlos. Excepto a don Claudio, a quien dejaron libre, a los otros cuatro salesianos los condenaron a diversas penas que cumplirán en cárceles y cuarteles republicanos de Totana (Murcia), Valencia y Paterna, hasta su liberación al finalizar la guerra.

Quienes, por desgracia, no verían este final feliz fueron tres cooperadores salesianos de Pozoblanco: el sacerdote don Antonio Rodríguez Blanco y los seglares doña Teresa Cejudo y Bartolomé Blanco. Son los mártires de la Familia Salesiana de dicha localidad cordobesa a los que nos referiremos a continuación. Los tres fueron asesinados por ser personas de Iglesia o estar vinculados a ella a través de su militancia en asociaciones católicas. Don Antonio y doña Teresa fueron ejecutados en Pozoblanco y Bartolomé en Jaén. Al primero lo fusilaron el 16 de agosto, un día después de que Pozoblanco hubiera sido recuperado para la República. A doña Teresa la detuvieron en agosto, pero la juzgaron y ejecutaron en el mes siguiente, septiembre. El último en morir, en este caso fuera de su pueblo, fue Bartolomé Blanco.

Los restos mortales de los tres mártires reposan en el cementerio de Pozoblanco.²¹

²¹ Cf. G. NAVARRO GONZÁLEZ, *Los Salesianos en Pozoblanco (1930-2000)*, pp. 73-109.